

La familia: el hogar de la misericordia

«No juzguéis y no seréis juzgados; no condenéis y no seréis condenados; perdonad y seréis perdonados. Dad y se os dará: una medida buena, apretada, remecida, rebotante pondrán en el halda de vuestros vestidos. Porque seréis medidos con la medida que midáis».
(Lc 6,37-38)

Por ANA MARÍA BALDRICH y RUBÉN GRAVIÉ

La Biblia está llena de expresiones de misericordia y por ello todos los hechos que se relatan están cargados de un profundo valor salvífico, de un amor paternal, intenso, apasionado, tierno e imposible de expresar con palabras humanas, de Dios por su criatura, el hombre.

Desde el Génesis, libro primero de la Biblia, que se inicia con la manifestación de misericordia de José con sus hermanos que quisieron asesinarle por celos, pasando por los libros de los Reyes y los Profetas, incluyendo los Salmos, por sólo citar algunos libros, hasta llegar al Nuevo Testamento, donde se relata la vida pública de Jesús, hijo del Dios vivo y Omnipotente. Su nombre es Misericordia, lleno de ternura y compasión por los débiles, los excluidos, los indefensos, los pobres, los enfermos, los sufrientes y los pecadores. Ejemplo son la revivificación del hijo de la viuda de Naim, la de su amigo Lázaro, la de la mujer adúltera que querían apedrear, la del ciego, el paralítico, entre otros.

Pero la misericordia no puede confundirse con la lástima. Esta última es un sentimiento que se aplica al objeto que la provoca, lo contrario de la compasión que se aplica al que la siente... Son lastimeros los infortunios, las enfermedades, el hambre, la persecución, entre otras.

Para el cristiano **Misericordia** es la disposición a compadecerse de los trabajos y miserias ajenas. Se manifiesta en amabilidad, **asistencia al necesitado**, especialmente de perdón y reconciliación. Es más que un sentido de simpatía, es una práctica. En el cristianismo es uno de los principales atributos divinos. La misericordia es también un sentimiento de pena o compasión por los que sufren, **que impulsa a ayudarles o aliviarles**; en determinadas ocasiones; es la virtud que impulsa a ser benévolo en el juicio o castigo. En latín: *misere* (miseria, necesidad); *cor*, *cordis* (corazón) e *ia*, hacia los demás. Es tener un corazón solidario con aquéllos que tienen necesidad.

Nos encontramos en la XX Jornada de la Familia teniendo como tema “La familia: el hogar de la misericordia” que, como es conocido, se extiende desde el Día de las Madres hasta el próximo 19 de junio, Día de los Padres, y presenta la característica de ce-

lebrarse en el Año Santo del Jubileo Extraordinario de la Misericordia, iniciado el pasado 8 de diciembre de 2015, solemnidad de la Inmaculada Concepción, y culminará con la solemnidad litúrgica de Jesucristo, Rey del Universo, el 20 de noviembre de 2016. Ese día, cerrando la Puerta Santa, tendremos ante todo, sentimientos de gratitud y de reconocimiento hacia la Santísima Trinidad, por habernos concedido un tiempo extraordinario de gracia.

¿Y qué mejor ámbito para ejercer la misericordia que el propio hogar? Ejercemos la misericordia cuando somos capaces de ir educando con paciencia y amor a nuestros hijos a partir de nuestro propio testimonio y nuestros consejos, cuando los corregimos con los adecuados castigos, razonablemente aplicados a su edad y desarrollo, ejerciendo la autoridad que detentamos pero que debemos ganarnos con nuestras actitudes ante ellos; cuando somos capaces de perdonar a nuestro cónyuge o al pariente y/o vecino que nos ofendió o nos hirió, y ¡qué difícil a veces es perdonar!; cuando somos capaces de ejercer la tolerancia e ir “toreando” los defectos de los que nos rodean en el hogar o en los distintos ámbitos. La convivencia diaria debe ser fuente de belleza y riqueza, por encontrarse cimentada en el amor incondicional, el que debe movernos a todos los integrantes en el hogar; y puede, en determinados momentos de crisis, perder su belleza y condición de refugio, tornándose difícil y hasta hostil si no somos capaces de pedir perdón a tiempo y con sinceridad, dialogar adecuadamente y reconciliarnos de verdad, olvidando ofensas y heridas pasadas.

Pidámosle de corazón al Dios que es Amor y cuyo nombre es Misericordia, por medio de su Madre María de la Caridad del Cobre, que siempre permanezca en el centro de nuestro hogar, para que en todo momento podamos redescubrir cada día la alegría de su ternura para nosotros y para todos sus integrantes; y se convierta en el eco de la Palabra de Dios que resuena fuerte y decidida como palabra y gesto de perdón, de soporte, de ayuda, de amor para los que nos rodean; nunca nos cansemos de ofrecer misericordia y seamos siempre pacientes en el confortar y perdonar, para Gloria de Dios y para nuestra felicidad durante este peregrinar terreno y en la eternidad.